

## Laico Hasta Los Tuetanos

A LOS ENCOPEETADOS

Por el P. Miguel Selga, S.J.

*Veritas*

Le venía de familia: su abuelo se había vuelto loco por los principios de la revolución francesa y había gritado, como energúmeno, contra los consejeros de la corona y los ministros del altar. Como la imagen fotográfica adquiere permanencia y estabilidad en el baño fijador, así su carácter laico adquirió más profundas y dilatadas proporciones en el ambiente de escuelas y círculos sociales, en donde el catecismo y la apologética cristiana no formaban parte de las asignaturas, en donde las oraciones estaban de sobra, en donde se declaraban incognoscibles e inaccesibles las esperanzas y alegrías inmortales de ultratumba, en donde se negaba ser la religión el fundamento de la moralidad, ni se reconocía otro freno de las fuerzas bajas de la vida, así privada, como social, que la veleidad de las pasiones y la satisfacción de los instintos.

Una vez en la cumbre del poder, Francisco Maria Sadi Carnot dictó disposiciones muy opuestas al espíritu cristiano y muy en consonancia con el laicismo de su vida, familia y educación. Obedeciendo ciegamente a la secta que le ayudó a escalar la presidencia de Francia, Carnot se jactó de no haber puesto el pie en alguna iglesia durante los siete años de su presidencia, como si fuera una gloria fomentar un estado ateo y querer gobernar sin Dios. Los laicos pretenden desconocer que solo la religión es capaz de contener las revoluciones, porque solo ella guarda el depósito de la moral que refrena las pasiones. Llevan buen rumbo los gobernantes que no se desasan de Dios. Siguen una gloriosa trayectoria los pueblos

que hacen de Jesucristo el primer ciudadano de la nación y se dejan guiar de El, que es camino, verdad y vida de hombres y pueblos. En calidad de ministro firmó Carnot el decreto de 26 de Mayo de 1885, por el cual, con ocasión de la muerte de Víctor Hugo, la autoridad civil se incautó, en París, de la iglesia Católica de Santa Genoveva para convertirla en un panteón laico. Cuatro años más tarde consintió Carnot que su abuelo Lázaro Nicolás, fuese exhumado de la sepultura sagrada, que por años había ocupado en la iglesia y fuese trasladado, sin ceremonia alguna religiosa, al panteón laico, con escándalo de toda Europa. Al mismo panteón laico intentó trasladar, aun contra los deseos de la familia del finado, los restos mortales del patriota Hoche que esperaban la resurrección futura en la catedral de Versalles. Laicizar un cementerio católico es inferir violencia a la paz de los muertos: laicizar un cementerio católico es desnaturalizarlo y profanarlo, promiscuando los cuerpos de los que murieron en el seno de la iglesia con los de los que prefirieron pasar a la eternidad, sin el pasaporte de los sacramentos y auxilios de la religión. Secularizar el cementerio es arrancarlo de manos de la iglesia, que tiene sobre ellos una jurisdicción que arranca de la bendición de aquellas sepulturas y de la profesión de fe y de vida cristiana de sus hijos, en ellas sepultados. Secularizar un cementerio es inferir agravio a los fieles, que entregaron sus cadáveres en los brazos amorosos de la iglesia, para que los amparara y guardara sus tumbas, no en manos del estado, a quien nadie llamó jamás para una función que bajo todo cielo, ha sido ó un

acto íntimo de familia doméstica ó una función pública de religión: laicizar el cementerio es lanzar a Dios de un recinto donde Dios, como en los templos, habita de una manera especial por la dedicación del lugar, por la capilla que suele tener su recinto, por la santificación del cuerpo humano del que es morada, por la cruz bendita que en lugar visible y como bandera santa de la religión lo preside y ampara. Santidad, descanso pacífico e inmortalidad futura: este es el triple concepto, ascético y dogmático que preside en la idea y en la definición del cementerio católico. Descanse en paz es la fórmula abreviada de la súplica de la iglesia sobre los cadáveres y tumbas de sus fieles. Estos recintos de los muertos que, en el curso de la historia y en la diversidad de pueblos, han recibido las denominaciones de necrópolis ó ciudad de los muertos, *hipogeos* ó criptas bajo tierra, *sarcófagos* ó devoradores de carne humana, son conocidos entre los católicos con el nombre de *cementerio*, que equivale a lugar de dormición, auténtico representativo de la teología de la muerte, síntesis de las esperanzas y anhelos de la iglesia sobre sus defuntos. Cuando los gobernantes no temen a Dios y odian a la iglesia no hay que esperar más que atropellos aun contra los difuntos por parte de quienes, en nombre de una soberanía y de una omnipotencia absurdas, se han propuesto eliminar a Dios del orden social y sojuzgar la iglesia a la autocracia del poder civil.

El Obispo Dupanloup propuso a la Santa Sede los deseos del pueblo francés de que la libertadora de Orleans, Juana de Arco, fuese elevada al honor de los altares. León XIII, en 1885, pasó el expediente a la Congregación de Ritos para el debido estudio y averiguación. Para Agosto de 1894, preparábase en Lyon solemnisimas fiestas en honor de la heroína nacional. Un decreto del Presidente Carnot prohíbe toda